

escaleras laterales: á uno y otro lado de la misma se extienden filas de bancos, y junto á la verja del coro, frente al altar Mayor, se coloca una mesa que se adorna con magníficos jarrones y candeleros, un atril dorado con el pontifical, una sacra, un brasero de filigrana, y en el suelo, sobre un banquillo, un jarro de plata con su llave. Un gran dosel blanco, suspendido majestuosamente, corona este grandioso conjunto, en el que destacan las flores y el ramaje entre el brillo de la plata, primorosamente cincelada, y los ornamentos sacerdotales tejidos y bordados con tanto arte como riqueza.

En el altar Mayor, al lado de la Epístola, se coloca una credencia cubierta por paños blancos, y en sus gradas tres bandejas de plata, seis cálices, uno para el sacrificio, dos para el vino que se bebe después de la comunión, uno para purificarse el prelado, otro para agua y otro para añadir vino en el solemne acto de administrar el sacramento; el copón, con ciento cuarenta formas, vinajeras, dos paletillas, jarros, fuentes, toallas y paño de hombros, todo de ricos metales ó preciosas telas.

El recado especial para el servicio del sagrario está contenido en una magnífica bandeja de plata y se compone: de un cáliz de los más ricos del Tesoro, una paterna con cerco y asiento, una hijuela bordada, una planeta forrada y guarnecida de piedras preciosas, un paño también bordado para cubrir el cáliz y una ancha cinta de oro que ha de ceñirle.

El coro, la plataforma y la capilla Mayor, están literalmente ocupados por dignidades, canónigos, beneficiados, párrocos, seminaristas, asistentes, seises y acólitos.

Tanta riqueza y personal; tan majestuoso aspecto en el conjunto y tan artísticos primores en el detalle, deslumbran la imaginación, ofuscan la vista; pero conmueven, impresionan, asociando á la percepción estética que recrea, el sentimiento religioso que remonta al espíritu á la más elevada contemplación de lo divino.

La Iglesia conmemora el Jueves Santo el modesto banquete del Cenáculo en que el anfitrión es el hijo de un carpintero y los comensales pescadores humildes y pobres menestrales.

Un cordero, pan y vino, servidos en vajillas que no serían lujosas, por cierto, son los manjares consumidos en el festín memorable.

Pues bien; así como por esa abstracción sublime del catolicismo, la voluntad de un Dios, *convierte ambas sustancias* en su cuerpo y en su sangre, para quedarse en alma y cuerpo con su pueblo; así como del pan y del vino hace la conversión milagrosa en Eucaristía, elevando lo humilde y terrenal de la uva y el trigo á sublime y celeste manjar de los ángeles por la virtud de su palabra;... la Iglesia, convirtiendo, también, en suntuoso el que fué humilde ajuar en el cenáculo, rodea de esplendores el ara que simboliza la mesa; elabora en ricos metales las vasijas que la guarnecen, teje en primorosas telas los manteles que la cubren; cincela copas artísticas para contener el vino del convite; siembra de flores el suelo—quizá para borrar las hue-

llas de Judas,—y saturando el aire con aromas y perfumes del incienso, recuerda, acaso, aquel aliento que brotó de los divinos labios con las sublimes palabras de la consagración.

Oficios

Empiezan éstos por prima, tercia, sexta y nona. Cantadas las horas, se reviste el prelado y se procede al lavatorio. Dos acólitos con albas y collares morados, traen una vacía y un aguamanil; otro conduce trece toallas en una bandeja y otro igual número de *propinas* ó limosnas en una salvilla, para los trece pobres que actúan en la ceremonia.

¿Por qué son trece en vez de doce como fueron los varones que formaban el apostolado?

Se dice que teniendo San Gregorio el Magno dispuestos el lavatorio y comida para doce pobres, surgió de modo invisible uno más, y que terminada la comida desapareció en la misma forma, suponiéndose piadosamente, que sólo un ángel podía ser el número trece. En memoria de esta tradición se grabaron los siguientes versos en el templo que Roma edificó á San Gregorio:

BISSENOB HIC GREGORIUS PASCEBATE GENTES

ANGELUS ET DECIMUS TERTIUS ACCUBUIT

El cabildo ocupa los bancos situados entre coros: sube Su Emcia., se canta la antifona *Suscipiamus*, lava el pie derecho de cada pobre, hace una cruz en él, besándola, y después de enjugarle, entrega la propina ó limosna.

¡Un Dios, humillándose á los pies de aquellos rústicos y pobres pescadores daba ejemplo á la soberbia de los emperadores romanos que deificaron sus vicios más repugnantes! Jesús lavaba los pies de sus discípulos, hombres tan humildes como aquellos esclavos embreados que ardían cual grasientas antorchas en los jardines de la Roma corrompida! Mientras los tiranos hacían teas del cuerpo del hombre para alumbrar sus festines, Jesús hace un luminar de cada alma que le sigue para iluminar la florida senda de la humildad.

Al ver al prelado venerable postrado ante el pobre en nuestra Catedral y recordar á los soberanos católicos, depuestos cetro y corona, en la misma actitud en sus palacios, podemos formarnos idea de aquel Dios, rey de los espacios siderales, dejando el alcázar de la inmensidad y deponiendo su corona, forrada por todos los astros de la creación, para lavar los pies de aquellos hombres.

Las grandezas se suceden unas á otras y de misterio en misterio el espíritu vuela de un prodigio á otro mayor.

La misa, siempre solemne, lo es más el Jueves Santo, porque en él se conmemora la institución de la Eucaristía.

Por eso vemos delante de los velos morados de los altares, las blancas vestiduras de los sacerdotes; son paréntesis de alegría abiertos en el luto de la Iglesia. Por eso entre las opacidades del templo oscurecido por gasas funerales, brillan las alegres llamas de los cirios; son pálidos reflejos de los res-

plandores eucarísticos del cenáculo. Por eso tras los crespones violáceos de las hornacinas, vemos las siluetas desvanecidas de las imágenes; son los discípulos, que, escondidos mientras la Pasión, esperan la hora de salir á predicar la institución de la cena. Por eso, en fin, cuando la Iglesia llora, y el órgano enmudece y los salmos son gritos de dolor; las campanillas cantan, el gloria alegre y las armonías de los flautados resuenan por las naves; son las alabanzas de los ángeles y de los hombres á la hostia salvadora que nace alegre y pura del tenebroso drama del Calvario.

Como esta es la fiesta de la consagración, la Iglesia, conmemorando la del pan y el vino, consagra también el crisma y los óleos de catecúmenos y enfermos.

La misa se interrumpe; el prelado baja á la gran plataforma, y se eutona el *Oleum infirmorum*. Sobre la mesa hay tres jarras de plata cubiertas por paños morados. El consagrante, en pie y con mitra, exorciza los óleos con las palabras *exorcizote immundisima*.

Al concluir la consagración sube el pontifical á la capilla Mayor y continúa el sacrificio, hasta consumir el *sanguis*, dejando la hostia en el cáliz para colocarla después en el monumento.

Empieza la comunión general: dos lectores sostienen por los extremos una toalla de lienzo delgado con flecos de oro: el diácono y subdiácono tienen cálices con vino para la ablución, y dos sacristanes, á los lados, quitan y ponen las estolas á los que comulgan. Como el número de éstos es grande, y el plano y escalera de la capilla Mayor amplios y desahogados, la ceremonia tiene gran lucimiento y el efecto que produce es grandioso.

Consumidas por el preste las formas que han quedado en el copón, se procede á la consagración de óleos, bajando, de nuevo, á la plataforma, seguido del acompañamiento pontifical. Una vez instalados en ella, el asistente del coro de Su Emcia., dice: *Oleum cathecumenorum* y después *Oleum ad sanctum crisma*. La procesión que los conduce sale de la capilla del Sagrario: los pertigueros abren paso y les siguen los lectores, manga de plata, ciriales, diáconos que llevan las ampollas del óleo y del crisma, un subdiácono con el copón que encierra el bálsamo, seises y maestro de melodía. Al llegar al tablado de entre coros, se colocan las jarras del Santo Crisma á la derecha del sitial del arzobispo y á la izquierda las del óleo de catecúmenos.

Puestas las jarras sobre la mesa, el cardenal echa en el copón el bálsamo con una cuchara grande y un poco de óleo de las ampollas del crisma, limpiando el maestro con un algodón los bordes de la jarra para que no queden residuos. El consagrante alienta tres veces en forma de cruz, de labio á labio de cada añora, ceremonia que repiten seis presbíteros del costado derecho de la plataforma y otros seis del izquierdo. Después de rezar varias oraciones, el prelado toma el vaso del bálsamo, en el que se ha mezclado el óleo anteriormente, y con el mismo vaso y cuchara de plata lo echa en la ampolla del crisma, diciendo: *Hæc sanctum crisma:*

besa los labios de la jarra, y, como él, los doce presbíteros de los bancos.

En la misma forma, salvas pequeñas diferencias litúrgicas, se consagra el óleo de catecúmenos.

La misa continúa hasta su fin ordinario, y revestido el celebrante con capa pluvial blanca, se organiza la procesión al monumento, en cuya primera grada el diácono recibe el cáliz para depositarle en el arca, entregando una de sus llaves al deán y otra al tesorero.

El monumento

Desde tiempo de los apóstoles se conmemoran en él dos hechos trascendentales de la Pasión: uno es la prisión de Jesús; otro el sepulcro nuevo en que fué inhumado su cuerpo. Como éste se desnudó para la flagelación, terminada la misa se levantan los manteles de los altares, para dejarlos, también, desnudos. Antiguamente se lavaban, con vino después de descubrirlos, costumbre que aún hoy se conserva en algunos conventos de predicadores y carmelitas franceses y alemanes.

Así preparada la iglesia con este aspecto inusitado y triste, la atención se concreta más al objeto principal de este día, que es el monumento.

El de nuestra grandiosa basílica fué mandado construir por el cardenal Don Luis María de Borbón y se estrenó en la Semana Santa de 1807; ocupa un espacio de 114 pies de largo, 44 de ancho y 80 de alto.

Le dirigió el arquitecto D. Ignacio Haam; es de madera pintada imitando jaspes y se arma con tornillos y tornapuntas, sin fijar para su sostenimiento un solo clavo. Una escalinata de treinta gradarranca desde el pavimento, formando una meseta, en el noveno escalón, que termina en dos plintos: sobre ellos se colocan cuatro estatuas bastantes mayores que el tamaño natural que representan soldados romanos custodiando el sepulcro. Las hizo el escultor D. Joaquín Arali.

El segundo tramo de la escalinata sube estrechándose hasta la plataforma, en que se coloca el tabernáculo, y en la mitad de la gradería se ven otras esculturas que figuran dos ángeles arrodillados sobre nubes.

El templete es de orden corintio y le forman diez y seis columnas en grupos de á cuatro, que sustentan un gran cornisamento adornado con ocho estatuas de ángeles, de mayor mérito que las anteriores, obra de D. Mariano Salvatierra. Termina en una cúpula en forma de media naranja, con festones en las juntas y que carga como pesada mole sobre el resto del tabernáculo, rematado por un grupo de nubes que sostiene una escultura de la Fe.

Dos arcos tiene la Catedral para colocarlas en el monumento: una de plata, magnífica, que se guarda en el Ochavo; otra de madera del orden propio del monumento.

Dentro de la que se usa, se coloca una reliquia que el Sr. Parro describe en esta forma: «Es un pedazo de piedra del santo sepulcro de Jesucristo, como de una tercia de largo y media de ancho y una pulgada de grueso que, engastado en un

cercos de plata dorada, con adornos de pedrería fina, y sobre cuatro patitas de lo mismo en los ángulos, sirve de ara para el cáliz que se encierra con el Santísimo Sacramento.»

Cobija todo el monumento un riquísimo pabellón de sarga de seda carmesí, salpicado de estrellas bordadas con oro, fajas de paño y cordones del mismo metal.

La bóveda en que se coloca el monumento la cierra una magnífica colgadura de terciopelo del mismo color del pabellón.

Y, por último, para terminar esta reseña, diremos, que aparte de la riqueza material de lo que dejamos apuntado, hay una cruz suspendida desde la bóveda, que es la nota que imprime carácter al monumento.

En efecto; la idea de cubrir literalmente de luces el símbolo de la Redención; luces que brillan sobre su dorada superficie, destacándose sobre los paños de grana de las cortinas, y á la altura en que la sostienen cuerdas que resultan invisibles por las penumbras de aquel recinto, hace á la imaginación recordar el famoso lábaro de Constantino, aparecido en los espacios para decirle: «Este es el signo de la victoria.»

Viernes Santo

Aún quedan en el apartado lugar del monumento los esplendores del Jueves Santo, y los cirios y el humo del incienso caldean con sus resplandores y perfumes el ambiente de la Catedral.

Pero como contraste entre el ayer de la institución Eucarística y el hoy de la catástrofe del Calvario, el altar Mayor está oscuro; una sabanilla plegada sobre el ara recuerda el sudario que envolviera un día el cuerpo del Redentor; seis velas amarillas parecen tristes blandones funerarios que han de apagarse cuando el velo del templo se desgarre; los negros ornamentos preparados sobre la mesa semejan vestiduras prevenidas para un luto que se espera; y el *Lignum Crucis*, aún cubierto, colocado en medio de la gradilla, recuerda el ominoso madero del suplicio, hoy signo adorado del cristianismo, elevándose imponente y severo en la escarpada cumbre del Calvario.

Sólo un paño blanco, enriquecido por el oro, brilla entre tantas negruras; como la paz de la cena y la blancura de la hostia entre los horrores del sacrificio. Es el que va á cubrir los hombros del prelado para traer el copón del monumento.

Este es el aspecto que ofrece la Catedral el viernes por la mañana. Se han cantado las Horas, y al empezar la Nona se administran ornamentos al cardenal.

El celebrante, diácono y subdiácono se postran ante el altar significando la oración de Jesús en el huerto y su humildad, echándose en la tierra para pedir al Eterno Padre que, si era posible, pasase aquel cáliz de amargura, aunque el espíritu estaba pronto á obedecer.

Cantadas las profecías y lecciones se dice: *Flectamus genua*, hincando las rodillas todos menos Su Emcia., y el coro responde *Levate*. Sigue la Pasión, y terminada ésta empieza la

Adoración de la Cruz

El apuntador envía al maestro de ceremonias las monedas para la cuestación, mientras el celebrante canta *Oremus Dilectissima* y el diácono *Flectamus genua*.

Los peones tienden una alfombra en el plano desde la puerta hasta las gradas, y los sacristanes colocan un almohadón cubierto de damasco morado para apoyar la cabecera de la cruz, y, á su lado, una gran bandeja de plata.

El oficiante recibe de manos del diácono el *Lignum Crucis*, reliquia encerrada en una magnífica alhaja en forma de cruz y empieza á descubrirla en el costado derecho del altar, que simboliza Palestina situada al Oriente, de la que se dijo era la diestra del mundo por haberse conocido en ella á Jesús y ser el teatro de su Pasión incomparable.

Descubierto el brazo derecho de la Cruz dice el prelado mostrándole al pueblo: *Ecce Lignum Crucis*, recordando el rostro de Jesús descubierto por los judíos en casa de Caifás y maltratado por ellos.

Repetida la ceremonia y quitado el velo blanco que cubre el *Lignum Crucis*, lo eleva el preste en medio del altar, en conmemoración de las palabras del salmo 73, que dice que la redención tuvo lugar en medio de la tierra.

La adoración del santo árbol del suplicio la empieza el cardenal despojándose del calzado que se recoge en una bandeja de plata. Hace tres genuflexiones y besa el pie de la cruz, ceremonia que repiten los asistentes, diácono, subdiácono, los tres ministros, ó sean los portadores del báculo, mitra y libro, el deán, cabilido, racioneros, y después los que reciben el nombre de *huéspedes* en el coro.

Las velas se encienden y la cruz se coloca en la gradería. Vuelve la procesión al monumento y la hostia se deposita sobre el ara.

Se acerca el término del gran misterio. El celebrante levanta la forma con la mano derecha, evocando la memoria de los cristianos en los dos primeros siglos, que observaban el ayuno con tal rigor que se privaban de ver la Eucaristía, alimento predilecto de sus espíritus. El preste la consume, y el Sacramento desaparecería del templo, como Jesús desapareció de la tierra, si la Iglesia no reservara el copón para administrar el Viático á los enfermos.

Y cuando los altares se desnudan, y los sacerdotes se retiran en el silencio, y los góticos ventanales se cubren por opacas cortinas, y las tinieblas oscurecen las naves del recinto, como oscurecieron un día las amplitudes del globo; se oye en la cátedra del Espíritu Santo el sermón de las Siete palabras; resuena el *Consumatum est* y el terrible drama del Gólgota se ha terminado. Pero acaba con la conflagración del mundo; y así como el terremoto hace crujir al eje del planeta, el sentimiento desgarró la fibra maternal del corazón de la Virgen, sola, poética y sublime al pie de la Cruz en su Calvario.

Sábado Santo

Comienzan los oficios á las siete de la mañana. En la capilla del Sagrario hay una mesa cubierta y en ella cinco piñas,

algunos granos de incienso, el cirio, un brasero de plata con lumbre nueva, paletilla, pajueta para encender, un calderillo con aceite y dos velas apagadas.

La bendición del cirio fué instituida por los pontífices Zósimo y Teodoro, y las oraciones fueron compuestas por San Ambrosio.

Dice Durando que el cirio representa á Cristo, luz verdadera que alumbró en medio de las tinieblas; que el pábilo simboliza su alma, la cera su humildad y el resplandor su esencia divina. San Juan dice que es emblema de la ley de gracia, y otros autores que es la Resurrección ó la columna de fuego que guiaba al pueblo de Israel.

La lumbre que se saca del pedernal es una alegoría á Cristo, como piedra en la que golpeó el pueblo judío, encendiendo las cinco hogueras del amor de Cristo á los hombres.

La culebrina ó caña en que se fijan las tres velas, representa la humildad de Jesús y las luces la Santísima Trinidad: los granos de incienso, los aromas comprados por las mujeres para unjir á Cristo ó las cinco llagas abiertas en su cuerpo en la crucifixión.

Encendida la vela de la paletilla con la pajueta, canta el coro *Lumen Christi*, se ponen los granos de incienso en el cirio y se enciende una de las velas de la culebrina.

Cantadas las profecías, se procede á la

Bendición de la Pila

En la capilla del Baptisterio hay prevenida una sabanilla, dos vinajeras con crisma y óleo, una salvilla, tres migas de pan, un jarro y una fuente. Cantan *Sicut cervus*, etc. y sumergen el cirio en el agua tres veces consecutivas: la primera por la venida del Espíritu Santo en el bautismo de Jesús; la segunda por la inmersión de éste en las aguas del Jordán, y la tercera por el clamor que lanzó en la cruz al entregar su espíritu. El acto de soplar el preste en el líquido contenido en la pila, significa la acción de purgarle de los poderes maléficos para indicar que éstos se vencen con un soplo, si le inspira la religión del Justo.

Cuando se mezclan con el agua el óleo y el crisma, se dice: *Conmixtio crismatis sanctificationis*, y el sacerdote se lava las manos enjugándolas con la miga de pan.

La procesión, cantando la letanía de los santos, regresa al presbiterio: las luces del altar están encendidas: los sacerdotes se presentan con ornamentos blancos: las cortinas de los retablos empiezan á moverse como si fueran los tejidos carnales del divino cuerpo, cuando en obediencia á la ley del Eterno, perdía su rigidez para salir triunfante del sepulcro. Las impacientes manos de los acólitos hacen sonar antes de tiempo los discos de las campanillas. El organista, acomodándose en su asiento, pisa las contras del órgano que producen algún sonido prematuro. El público se mueve impaciente: la devota se acerca á la capilla donde se venera la milagrosa imagen de la Virgen, oculta á sus ojos hace quince días. Los acólitos, preparados en la *puerta chica* del presbiterio, asoman por las jambas las sotanillas encarnadas.... Por

fin resuena el *Gloria in excelsis* y las impacencias se satisfacen, porque los velos se descorren, las ventanas dan paso á la luz; la lengüetería del órgano á sus sonidos; las campanillas dejan oír sus argentinos ecos; la devota ve á su imagen engalanada con blancos cendales y la imaginación exaltada ve elevarse, majestuosa, la figura del Mártir del Gólgota triunfando con la humildad de la soberbia de sus detractores.

El drama ha terminado con la victoria de Jesús en la Tierra... El traidor ha descendido al cuarto recinto del infierno del Dante.

El ángel rebelde quedó sumergido en las heladas simas del Cocito. Dité ó Lucifer, entre las cortantes olas del hielo, mueve sus alas de murciélago produciendo tres vientos distintos, y las mandíbulas de sus tres cabezas mascullando tres cuerpos: Bruto y Casio, los asesinos de César; Judas, el asesino de Cristo.

El Iscariote agita su cabeza dentro de la boca del monstruo.... Es la comunión sacrilega de Lucifer, desgarrando el cuerpo del traidor que se celebra en los altares del mal por la iniquidad de Judas descubierta en la Cena.... Mientras; arriba; en la iglesia; en los místicos altares de Jesús, comulga el cristiano con la hostia santificada en el cenáculo, paladeando, temeroso de lastimar con las durezas de su boca, el divino manjar de la Eucaristía.

JOSÉ M.^a OYEJERO.

Miserere!

Ay de mí....

¿Por qué estas densas tinieblas?

Quiero moverme, no puedo....

Siento opresión en los brazos.

Tengo las espaldas doloridas.

Mis pies descansan no sé dónde y estoy tendido.

Siento frío glacial, y sin embargo, me pesa el cerebro como si le abrasara horrible calentura.

Hasta mí llegan mezclados cánticos y lloros, rezos y suspiros, acordes de éolicos instrumentos y ruidos cavernosos.

Mi aliento se revuelve contra mi cara y huele á resina y polvo....

¡Estoy en el tránsito de la vida terrenal á la vida eterna!

«Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam.»

Allá arriba, arriba, muy arriba, rezan y cantan.

Aquí abajo, en derredor mío, lloran, suspiran.

¿Por qué son armónicas todas estas cosas? ¿Por qué me encuentro tan confuso, tan perplejo?

Si el cuerpo muerto, está muerto, ¿por qué tengo sensaciones? ¿por qué el terror que me domina?

No, no estoy muerto; mi corazón late, mi cabeza funciona; sí, funciona, pues recuerdo que he acudido á la Catedral y me he extasiado al oír aquella música religiosa que subía y subía sin resonar en las bóvedas, porque se filtra á través de la piedra, para llegar más pura á los pies del Eterno, al que van dirigidas las plegarias que entona la contrición que le dice: «Secundum multitudinem miserationem tuarum, dele iniquitatem meam».

No, no estoy muerto: no he visto el excelso trono envuelto en radiante luz: no he oído la sentencia; tal vez me haya escuchado cuando le decía: «Amplius lava me ab iniquitate mea: et á peccato meo mundame».

¿Qué me pasa?.... ya mi aliento no vuelve á mí....

Las densas tinieblas dejan pasar tibios reflejos de lejana luz....

Mi olfato cree percibir el aroma del incienso.

La tumefacción desaparece de mis miembros.

Mis ojos adivinan enhiestas columnas que se pierden en la altura negra é insondable. Veo una, dos, tres luces moribundas y rojizas que nada iluminan, que sólo para llegar á mí rompen los negros crespones de esta negra soledad.

Levanto la cabeza, y, al incorporarme, lucho para huir de lo que me oprime.... ¡Horror!.... estoy dentro de un ataúd.

Cuando iba serenándome, porque sentía algo de vida, la áspera tabla del féretro me aterra: «Quoniam iniquitatem meam cónosco: et peccatum meum contra me est.»

Huyo despavorido, sin saber á dónde, en las tinieblas y me detengo en mi insensata carrera, porque de pronto, y, en torno mío, surgen millares de luces violáceas que corren por las aristas de grandes masas.

De pronto rasga las tinieblas un rayo de luna, y crece mi espanto, porque conozco que estoy encerrado entre sepulcros de los que salen, angustiadas, profundas y huecas, voces que cantan: «Tibi soli pecavi, et malum coram te feci: ut justificeris in sermonibus tuis, et vinca cum judicaris.»

Si de un sepulcro huyo, doy en otro y en otro y en otro. Atravieso como un espectro una fortísima verja cerrada; creo haber salido á la calle inundada de luz por la luna, pero no: allí hay más sepulcros; allí los sollozos son más tristes. Desvanécense como el humo las estatuas y acentos, y quedan al descubierto esqueletos y esqueletos con doradas diademas envueltos en hediondos harapos de ricas vestiduras.

Uno de los esqueletos conserva entera la diestra mano, tinta en la sangre que destila un puñal. La risa sarcástica que muestra toda calavera, contrasta horriblemente en ésta con los huecos acentos que de ella salen: «Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum: et in iniquitatis concepit mater mea.»

Otro sepulcro abierto, en que leo en caracteres extraños formados por luces moradas y manchas negras:

MANDAMIENTO.

El esqueleto que allí yace se retuerce como deben retorcerse en el infierno los malos hijos.

De las profundas cuencas de sus ojos, salen lágrimas que escaldan los pómulos, y, confundidas con el horrible rechinar de los dientes carcomidos por los siglos, se perciben entrecortadas palabras.

Llegan más distintas á mí, y oigo:

«Averti faciem tuam á peccatis meis: et omnes iniquitates meas dele.»

Mi angustia es inmensa.

La voz se anuda en mi garganta, mis piernas se niegan á sostenerme y sin voluntad mía; impulsado por fuerza extraña, me traslado á otro sitio.

Una débil y chisporroteante lámpara deja adivinar una plancha, que, en mi delirio, no conozco si es de piedra ó de metal, deja al descubierto un hoyo profundo.

No se distingue el esqueleto. Sólo veo lacios paños que debieron ser de púrpura.

También de este sarcófago salen rezos; pero

más tranquilos, menos tristes. Sí; los distingo. Conozco éste: «Ecce enim veritatem dilexisti: in certa et occulta sapientiæ tuæ manifestasti mihi.»

¡Otro, otro sepulcro más!

Aquí la hosamenta que le ocupa está vestida de blanco con una cruz roja en el pecho. Las crispadas manos están sujetas con fuertes espigas. Veo un tajo y una cuchilla.

La cabeza, separada del tronco, ciñe corona de oropel.

«Auditui meo dabis gaudium et lætitiám: et exultabunt ossa humiliata.»

Aquí veo la causa de aquellos ruidos extraños; los produce el estridente choque de las

bellino las ideas en mi cerebro, como en el impetuoso torrente se revuelven las aguas que á él afluyen.

Las pocas fuerzas que poco antes me socorrieran para salir del espantoso féretro, van abandonándose rápidamente. Pierdo el sentido.

¡Vuelvo en mí; otra vez la opresión, el dolor en la espalda, el aliento cae otra vez sobre mí oliendo á resina y polvo!

Crecen los cánticos y los murmullos y los acordes de edícos instrumentos.

Crece mi espanto. Quiero hablar y no puedo.

Las ideas que antes bullían en mi cabeza van extinguiéndose poco á poco y balbuceo: «Domi-

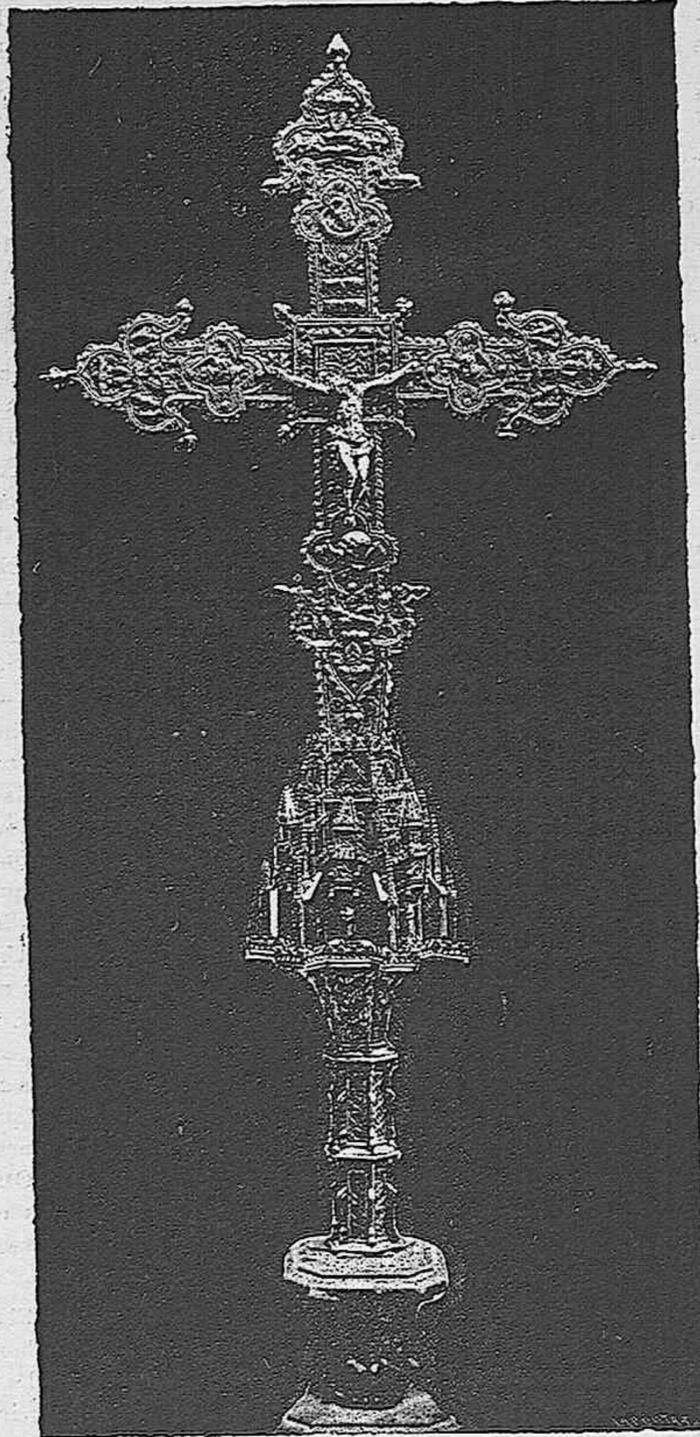
enhiestas columnas que se pierden en la altura negra é insondable....

Ve una, dos, tres... luces moribundas y rojizas.

*
**

Me había dormido en la Catedral extasiado con las armonías del *Miserere*.

FEDERICO LATORRE Y RODRIGO.



Cruz de la Manga

descarnadas manos al dar en los huesudos pechos, acompañando el «Mea culpa, mea culpa», que de las horribles y polvorientas bocas se escapa.

Esta escena mantiene la excitación que me domina; afluyen en confuso torbellino á mi mente más espanto y misticismo; se agigantan recuerdos de acciones y pensamientos que juzgué baladíes y caigo de hinojos como agobiado por inmensa pesadumbre. Dirijo mi vista al cielo y murmuro aterrado: «Asperge me hisopo, et mundabor: lavabis me et super nivem de albor.»

Espectáculo tan pavoroso y tan grande á la vez, confunde unas con otras en horrible tor-

ne non secundum peccata mea facias nobis.»

Siento que sacuden el féretro que de nuevo me encierra. Me levantan con brusquedad.

Hago esfuerzos hercúleos para dar señales de vida y ni uno de mis nervios obedece á mi voluntad, y en tanto la marcha que poco há comenzara, continúa acompasada llevándome á la mansión de la soledad y del silencio.

Se levanta un coro de cien voces distintas que dicen: «Dimite nobis debita nostra.»

Debo estar muerto para los hombres.

¡Qué espantoso es pensar dentro del sepulcro!

De pronto, una sacudida nerviosa causa en mi cuerpo una revolución, abro los ojos y veo

PROCESIÓN DE ANTAÑO



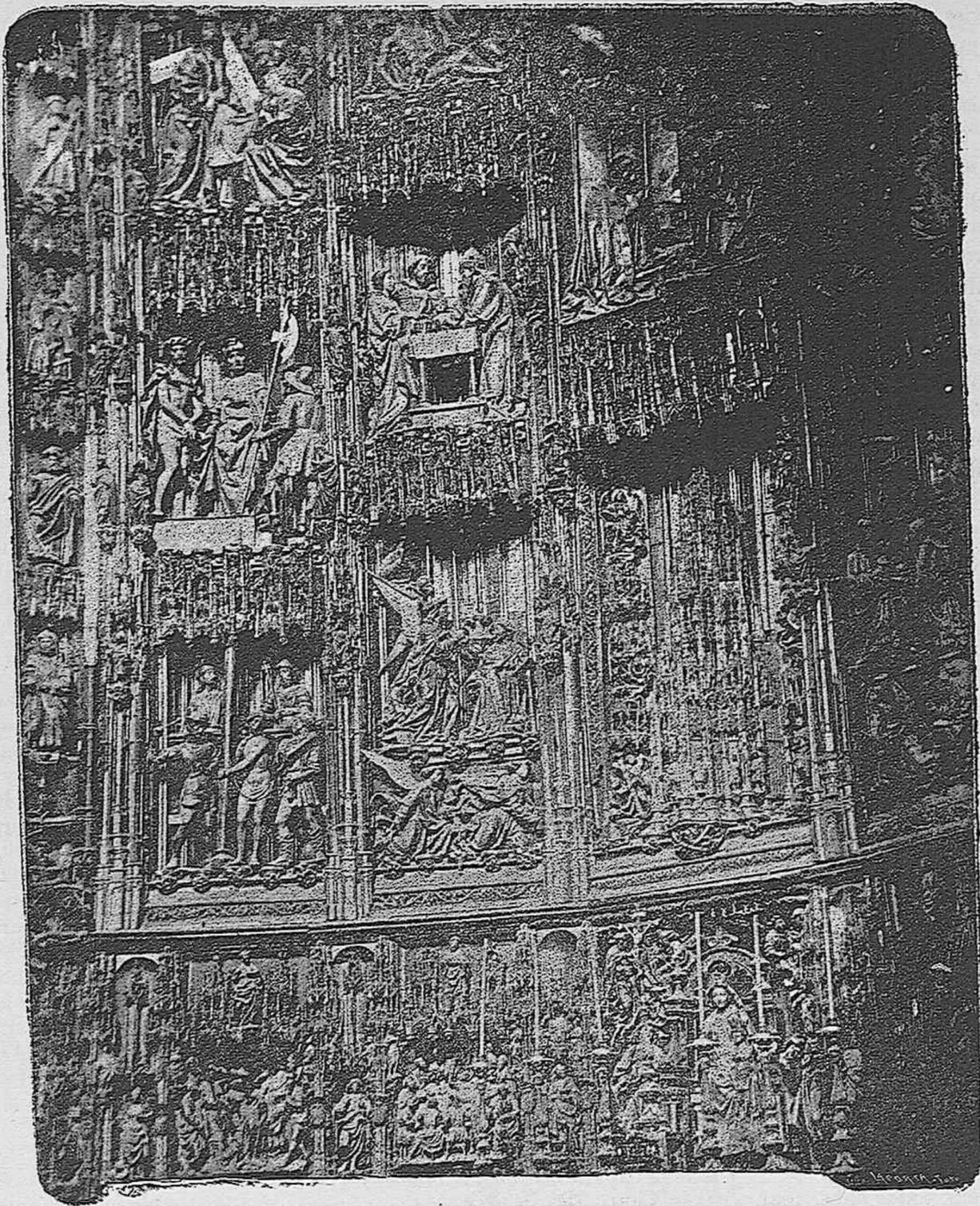
La multitud se apiñaba dentro de la Catedral, hacia la puerta Llana, con verdadera irreverencia. Hombres y mujeres, niños y ancianos, se apretaban y codeaban entre sí, elevándose sobre las puntas de los pies, para ver mejor la abierta puerta por donde había de entrar la procesión.

En las naves de la imponente iglesia, paseaban silenciosas varias personas

de las más ilustres de Toledo; alguna anciana mascullaba sus rezos postrada de hinojos ante un altar que iluminaba triste lamparilla. Los pertigueros con sus lujosas vestiduras de seda los unos, con su ropón de terciopelo y paño encarnado los otros, golpeaban el pavimento con las pértigas ó varas de plata, avisando en esta forma al irreverente que preten-

Las capillas de la iglesia primada estaban desiertas; el silencio que en ellas había era absoluto, la oscuridad casi completa, pues sólo iluminaban el templo los débiles rayos del sol poniente que penetraban por las artísticas vidrieras de colores que no estaban ocultas por los paños del monumento. Todo era, pues, silencio y oscuridad en el templo, y sólo

con tanto lujo y esplendor celebradas como en aquel año, que lo era el 1772. La causa de tanta concurrencia, no era otra que el deseo que tenían propios y extraños de conocer al cardenal que en aquellos momentos gobernaba la diócesis, el nunca bastantemente celebrado D. Francisco Antonio Lorenzana, que poco antes había tomado posesión de la



Retablo de la Capilla Mayor

día pasar por el espacio comprendido entre el altar Mayor y el coro. Algún clérigo retrasado, caminaba apresuradamente hacia la sacristía, en tanto que un grupo de frailes de los que no tenían cabida en la procesión, esperaban la llegada de ésta con el libro de rezos en la mano, leyendo y meditando acerca del sublime hecho que redimió al género humano.

se oía el ruido producido por las gentes que, junto á la puerta Llana, esperaban la llegada de la comitiva.

La procesión, en tanto, seguía la carrera ocupada por los vecinos de la imperial ciudad, y muchos de otras regiones de España, y aun extranjeros, que habían acudido á presenciar las sagradas ceremonias de Semana Santa, nunca

mitra, precedido de tan gran fama de saber, como de buen gusto artístico y caridad sin medida. Aún no había tenido ocasión de presidir ninguna ceremonia, y la que en aquella tarde se celebraba, fué la primera á que asistió, y por tal, la primera ocasión que tuvieron la generalidad de los habitantes de Toledo para conocerle.

Conforme pasaba la comitiva, muchos corrían por laberínticas callejuelas y dando largos rodeos para presenciar nuevamente la procesión durante la vuelta que en la Catedral daba, aumentándose por este modo, el apiñado grupo que, no sin dar muestras de impaciencia, esperaba largo tiempo antes.

Un gran murmullo se dejó oír; era la procesión del Santo Entierro, que de tiempo inmemorial salía de la parroquia de Santa Justa.

Por las solitarias y silenciosas naves comenzó su marcha. ¡Qué indescriptible efecto producía en los que, escondidos en oscura capilla ó apoyados en los elegantes pilares, presenciaban aquel fantástico espectáculo, en completo mutismo, sin otro ruido que el que producían al caminar los pies y las alabardas al arrastrar, todo repercutido en las altas bóvedas! Las negras vestiduras y las altas caperuzas que ocultan completamente el rostro de los *capuces*, que llevaban luces en la enguantada mano; las valiosas vestiduras, las blancas y rizadas sobrepellices de los sacerdotes; los hábitos toscos de distintos colores de los numerosos frailes y penitentes con la capucha echada sobre la cabeza y las manos ocultas entre las anchas mangas; semejan fantásticos seres y no parece sino que se asiste en sueños á días de pasadas edades.

Aquel año, como queda dicho, celebrábase la procesión del Santo Entierro con inusitada pompa.

Buen golpe de sacerdotes acudían al acto, y más de dos mil frailes de las distintas ordenes que en Toledo vivían rodeaban las andas que algunos de ellos conducían sobre sus hombros, en las cuales se representaban, no con muy buen gusto artístico, ciertamente, los distintos episodios de la sublime epopeya cristiana. Precediendo á la urna en que se simula descansando el cuerpo de Cristo, y como dándole guardia de honor, *los armados*, con sus relucientes y antiquísimas armaduras y sus elegantes cascos, marchaban con sus picas, lanzas y alabardas arrastrando el regatón é inclinados en señal de duelo; todos ellos, mandados por un capitán y precedidos del alférez con la bandera arrollada llevada en la misma forma que las picas. Detrás, entonando sus salmos y preces, el cabildo, compuesto de canónigos, dignidades, racioneros y capellanes de Reyes y Muzárabes, detrás el cardenal Lorenzana con su seráfica expresión y su andar acompasado y grave; revestido de pontifical, dejando ver la roja sotana por bajo de la bordada y riquísima capa pluvial de tanto valor material como artístico, bendiciendo con paternal cariño

al pueblo prosternado de hinojos al paso del príncipe de la Iglesia.

Los curiosos cruzaban en todas direcciones con objeto de ver una vez más la silenciosa comitiva, la cual, perdiéndose á lo lejos con las luces reflejando en las bruñidas armaduras, los negros ropones, las diversas notas de color de los trajes, parecía una fúnebre fantasía, como si los magnates de la Iglesia y de las armas que en la Catedral descansan, hubieran arrojado las enormes tapas de sus sepulturas, y saliendo de las capillas en que están éstas situadas caminaran en cumplimiento de algún voto, ó como evocaciones de algún genio.

* *

El ruido era cada vez más lejano; poco á poco fueron saliendo de la Catedral todos aquellos que, momentos antes, se codeaban y apretaban para ver mejor la procesión que venía. No tardó en quedarse el templo completamente solitario. Únicamente las estatuas, yacentes sobre los viejos sarcófagos con la estabilidad de la piedra, permanecían en sus sepulturas. Las tinieblas eran completas; la luz no lograba abrirse paso en las altas ventanas. A poco, aquel misterio, aquella indescriptible y sublime emoción que en el alma causaba tanta belleza como la Catedral presenta al declinar la tarde y cuando la noche comienza, fué interrumpida por un ruido metálico desagradable, siempre precursor á la clausura del templo, que, al cerrar sus puertas, guarda en su recinto los alientos de la apiñada multitud.

Era el llavero que se disponía á cerrar las puertas de la Catedral.

* *

Pasados algunos momentos, y de regreso la procesión en la iglesia de Sta. Justa, situada en la calle del mismo nombre, casi todos los que en uno ú otro sitio presenciaban su paso, animaban con sus conversaciones y paseos el célebre Zocodover, donde era costumbre este día en el siglo pasado terminar la tarde, luciendo allí su celebrada hermosura las toledanas y sus donaires los mancebos que arrastraban sus manteos por las aulas de Toledo, ó se dedicaban á distintas profesiones, en cuya grata tarea permanecían hasta el toque de oraciones, oído el cual, los paseantes se disgregaban en distintas direcciones, encaminándose á sus respectivos domicilios, en los cuales se encerraban y de los que no salían hasta las primeras horas del sábado de Gloria.

JUAN MARINA.

LOS GRABADOS

(DESCRIPCIÓN)

Cruz de la Manga

La magnífica Cruz que reproducimos

por medio del fotograbado, es una de las joyas artísticas y arqueológicas que encierra la riquísima Catedral primada de España.

No sólo es notable por su belleza, sino por el valor intrínseco; pues hecha de plata y oro, tiene tanto peso que se necesita el esfuerzo de cuatro hombres para llevarla en las procesiones, en que sale como remate de riquísima manga bordada con sedas y oro y repartidos en ella varios pasajes de la vida de la Virgen.

Para no perder tantos detalles con la reducción á que nos obligaría el tamaño de las planas de nuestra revista, sólo presentamos la cruz que, á principios del siglo XVI, labró el platero y contraste de Toledo, Gregorio de Varona, y que hoy llama justamente la atención por lo fino y delicado de la labor, por el gusto gótico, la feliz combinación del oro, la plata y el esmalte.

El Crucifijo, que es de plata sin dorar, acusa gran acierto al representar, no sólo un hombre muerto, sino que revela gran misticismo en el artista que interpreta muy fielmente el natural y sabe darle ese *quid divinum*, escollo insuperable en que tropezaron tantos maestros.

Son también de admirable verdad la calavera y los dos húmeros cruzados, hechos con oro finísimo y con esmalte tan bueno y duro que brillan como si fueran diamantes.

Cruz y manga se montan sobre unas andas con cuatro patas para que descansen en tierra de cuando en cuando, en las procesiones en que sale, y son: la del Córpus, la de la Virgen del Sagrario y en las octavas de estas festividades.

Retablo de la Capilla Mayor

El egregio cardenal Cisneros, que tanto contribuyó con sus consejos y gobierno á encauzar la desordenada marcha de Castilla, perturbada por las debilidades y desaciertos de D. Juan II y D. Enrique IV (El Impotente), determinó hacer un retablo digno de la capilla Mayor que acababa de ensancharse (1504).

Llamó á los más notables artistas para que dieran trazas, y en efecto las dieron Felipe Vigarni (de Borgoña), Alfonso Sánchez, maestre Alberto, maestre Rodrigo, Peti-Juan y maestre Gil, los que, á las órdenes del maestre Enrique Egas, arquitecto mayor de la Catedral y de Pedro Gumiel, arquitecto del prelado, comenzaron la construcción del retablo que reseñamos.

Se compone en su totalidad de cinco grandes divisiones en sentido vertical, y cada una de ellas en cuatro cuadros con distintos pasajes de la historia de Jesucristo, perfectamente tallados y encarnados.

Cada uno de estos cuadros, así como la multitud de estatuas sueltas que adornan el total, están coronados por finísimos doseletes dorados, como el resto de la ornamentación.

Como remate de esta obra colosal por su mucho y exquisito trabajo y también por las dimensiones, hay un Calvario tan bien proporcionado, que, á pesar de los 160 pies de altura á que está colocado, no hace gigantesco ni mezquino.

Damos en la página 7 un fotograbado de la parte del retablo en que se repre-

sentan pasajes á que hacen referencia más inmediata las solemnidades religiosas de estos días.

La oración del Huerto

Ecce-Homo. Cristo en la Cruz

Los grabados que aparecen entre las rimas Sacras del FENIX de los Ingenios y que nos hemos visto precisados á reducir para intercalarlos en el texto, son unos grabados en madera de los muchos que ilustran un ejemplar de la Biblia, escrita en latín, impresa, no sabemos dónde porque le falta el pie de imprenta, pero colegimos que debió darse á la estampa hacia 1571, por cuanto en la última hoja hay una copia de la licencia fechada en Roma *decimaquinta mensis Aprilis, 1571 útaque subscripta, F. Thomás Manriquez, sacri Palatii magister. & ex consensu Junctæ.*

El dueño de este raro ejemplar ha tratado con verdadero empeño y empleado constante trabajo para hallar datos acerca del sitio en que se imprimió el libro, y aprovecha esta ocasión para preguntar á los bibliófilos:

¿Dónde y cuándo se imprimió?

RIMAS SACRAS

POR
FREY FÉLIX LOPE DE VEGA CARPIO



A LA ORACION DEL HUERTO (1)

Romance

Hincado está de rodillas
A fu eterno Padre inmenfo,
El que a fu dieftra fentado
Iuzgará viuos y muertos,
Como ha de morir en monte
En el monte esta el Cordero,
Para ver pues dio la Hoftia
El Caliz donde le ha puefto,
A las palabras que dize,
Las peñas fe enternecieron
Que a penas de Dios; las peñas
Sabén hazer fentimiento.
De ver a Dios de rodillas
Se esta deshaziendo el fuefo
Aunque a los rayos del Padre
Se huelga de verle en medio.
Si dize Dios que fu alma
Trifteza esta padeciendo,
Como ha de auer cofa alegre
En la tierra, ni en el cielo?
Que para verificarfe
Que era hombre verdadero,
Fue menefter que fu carne
Tuuiette a la muerte miedo,
Al feruor de la Oración
Sudò fangre todo el cuerpo,

(1) Va con la ortografía del original.

Que fus delicados poros
Quedaros todos abiertos.
Aquel Balfamo preciofo
Cogio la tierra en fu feno,
Que como es fu hijo el hombre
Quiere guardar fu remedio.
Hechofe en la tierra Chrifto,
Su roftro le dexa impreffo,
Que es de amantes dar retratos
Quando fe eftan depidiendo.
Al Padre buelue la efpalda,
Para que en fus ombros tiernos
Den los rayos de fu yra,
No al fuefo que esta cubriendo.
En fin boluiendo la cara
De fu mismo Padre efpejo
Mouio el cielo con la voz
A laftima y a filencio.
Paffe este Caliz de mi,
Si es pofible, Padre eterno,
Mas no fe haga la mia,
Tu voluntad obedezco.
Crecieron tanto las auías,
Que fue menefter que luego
Rompiendo vn Angel los ayres
Baxaffe a darle confuelo.
Ay Iefus de mis entrañas
Como aueis venido a tiempo
Que os confuelen fiendo Dios
Las criaturas que aueis hecho.
A donde eftais Virgen pura?
Que a falta vueftra los cielos
Vn Angel a Chrifto embian,
Llegad, y esforçalde preffo.
Dezilde: Dulce hijo mio,
Quando ayunafte, vinieron
Mil Angeles a esforçaros,
Con foberano fuftento.
Quando nacifte, baxaron
Dos mil exercitos bellos,
Y quando vays a morir
Vno folo viene a veros.
Limpialde, Virgen piadofa,
La fangre con los cabellos,
Y pues le dexa fu Padre
Vea fu madre a lo menos.
Id, vos con ella, Alma mia,
Entrad tambien en el huerto,
No fofopechen que os quedais
Con el que viene a prenderlo.
Dezilde, dulce Iefus,
Aqui eftoy al lado vueffro
Para padezer con vos,
No para negaros luego.
Vamonos prefos los dos
Pues vays por mis deudas preffo,
Cinco mil fon los açotes,
Muchos fon, partir podemos.



AL ECCE HOMO

Romance

El juez mas lifongero
Que a fu Principe lo ha fido
Por interes de fu gracia,
Y por no perder fu oficio.

En vn valcon de fu cafa
Açotado y efcupido,
Para que el pueblo le vea,
Pufò al inocente Chrifto.
Depues de noche tan fiera
Amaneze el fol teñido
De fangre, y en vez de rayos
Puntas de juncos y efpinos.
A las llagas de fu cuerpo
Pegado un roxo veftido,
Que tambien le hizieran roxo
Si fueran blancos Armiños.
Veis aqui, les dize, el hombre
(A quien desde el cielo dixo
Con fu voz el Padre Eterno
Este es mi hijo querido).
Aqui le traygo enmendado,
O que estraño defatino!
Enmendar fu hijo á Dios
Tan bueno y tan infinito.
Quita, quita, le refponden
Viejos, mancebos y niños,
Muera, muera, muerte infame;
Pues hijo de Dios fe hizo.
Ay Iefus, Hijo de Dios,
Que este nombre y apellido
No lo teneis vos hurtado,
Pues foys ygual con Dios mismo.
Virgen fanta, dezid vos
Lo que el angel os ha dicho,
Y de Chrifto los Profetas
Dixeron por tantos figlos.
Y que effe preffo açotado
Es aquel que quando niño
Adoraron los tres Reyes
Y vos lleuafte a Egypto.
Abonalde, Virgen bella,
Dezid que de Dios es Hijo,
Que pueffo que foys fu Madre
Bien valeys para testigo.
Abonada foys Señora,
Todo el bien de vos nos vino
Bienauenturada os llaman
Quantos fon, feran, y ha fido.
Dezid vos que es el Cordero,
Bautifta, aunque foys fu primo
Que quien por verdades muere
Bien mereze fer creydo.
Dezid Angeles hermofof:
Este es el mismo que vimos
Nazer de amor abrafado,
Aunque temblando de frio.
Dezid Pedro, Iuan y Diego,
Que á fu Padre aueys oydo
Que es fu Hijo en el Tabor
Si el miedo os dexa decirlo.
Llegad preffo, que dan voces
En aquel falfo Concilio,
Para que la vida muera
Que es Dios fin fin, y principio.
Ay Virgen, mirad que quitan
A vn fiero ladron los grillos
Y a Iefus ponen al cuello
La foga de mis delitos.
Parezeme que dezis,
Gloria de los ojos mios,
Mas quiere el mundo vn ladron
Que a vos, Cordero diuino.
Mientras le dan la fentencia
Alma con triftes fufoiros
Dezid a fu eterno Padre,
Que fe duela de fu Hijo.
Señor, aqui está el efclauo,
Yo foy de la muerte digno,
Pero está cerrado el cielo,
No querra fu Padre oyros.
Y mas que fi vos caufays
Su muerte, eftará ofendido
De que hableyf por fu inocencia,

Siendo el dueño del delito.
Bolued a la Virgen fanta
Y acompañad fu martyrio,
Que tambien mata el dolor
Donde no llega el cuchillo.

AL PONERLE EN LA CRUZ.

Romance.

Entretanto que el oyo caban
A donde la Cruz affienten
En que el Cordero leuanten
Figurado por la Sierpe,
Aquella ropa inconfutil
Que de Nazareth aufente
Labrò la hermosa Maria,
Depues de fu parto alegre.
De fus delicadas carnes
Quitau con manos aleues
Los camareros que tuuo
Christo al tiempo de fu muerte.
No baxan a desnudarle
Los Espiritus celestes,
Sino foldados que luego
Sobre fu ropa echan fuertes.
Quitaronle la Corona,
Y abrieronfe tantas fuentes
Que todo el cuerpo diuino
Cubre la fangre que vierten.
Al despegarle la ropa
Las heridas reuerdezen,
Pedaços de carne y fangre
Salieron entre los pliegues.
Alma pegada en tus vicios,
Sino puedes, ò no quieres
Despegarte tus costumbres
Pienfa en esta ropa, y puede.
A la fangrienta cabeça
La dura Corona bueluen,
Que para mayor dolor
Le coronaron dos vezes.
Affò la foga vn foldado,
Tirando a Christo de fuerte
Que donde va por fu gufto
Quiere que por fuerça llegue.
Dio Christo en la Cruz de ojos
Arrojado de la gente,
Que primero que la abraze
Quieren tambien que lo befe.
Que cama os esta efperando
Mi Iefus, bien de mis bienes,
Para que el cuerpo canfado
Siquiera a morir fe acuefte.
O que Almoada de rofas
Las Espinas os prometen,
Que corredores dorados
Los duros clauos crueles.
Dormid en ella mi Amor
Para que el hombre despierte,
Aunque mas dura fe os haga
Que en Belen entre la nieue.
Que en fin aquella tendria
Abrigo de las paredes,
Las tocas de vuestra Madre,
Y el heno de aquellos bueyes.
Que verguença le daria
Al Cordero fanto, el verfe
Siendo tan honesto y casto
Desnudo entre tanta gente.
Ay diuina Madre fuya
Si agora llegais a verle
En tan miserable estado,
Quien ha de auer que os confuele;
Mirad Reyna de los cielos
Si el mismo Señor es este
Cuyas carnes parecian
De azuzenas y clauales.
Mas ay, Madre de piedad,
Que fobre la Cruz le tienden,
Para tomar la medida

Por donde los clauos entren.
O terrible defatino,
Medir al inmenfo quieren,
Pero bien cabra en la Cruz
El que cupo en el pefebre.
Ya Iefus esta de espaldas,
Y tantas penas padeze
Que con fer la Cruz tan dura
Ya por defcanfo la tiene.
Alma de porfido y marmol
Mientras en tus vicios duermes,
Dura cama tiene Christo
No te despierte la muerte.

AL LEVANTARLE EN LA CRUZ.

Romance.

Vuestro Efpofo esta en la cama,
Alma, fiendo vos la enferma,
Partamos a vifitarle
Que dulcemente fe queixa.
En la Cruz está Iefus,
A donde dormir efpera
El postrer fueño por vos,
Bien fera que esteis despierta.
Llegad y miralde echado,
Enxugalde la cabeça,
Que el rozio de esta noche
Le ha dado fangre por perlas.
Mas como podra dormir
Que ya la mano finiestra
Le claua vn fiero verdugo,
Neruios y ternillas fuenan.
Poned Alma el coraçon
Si llegar á Christo os dexan
Entre la Cruz y la mano,
Porque os le clauen en ella.
Mas ay Dios que ya le tiran
De la mano, que no llega
Al barreno que en la Cruz
Hizieron las fuyas fieras.
Con vna foga doblada
Atan la mano derecha
Del que a defatar venia
Tantos Efclauos con ella.
De fu delicado braço
Tiran juntos con tal fuerça,
Que todas las coyunturas
Le defencaxan y quiebran.
Alma lleguemos agora
En coyuntura tan buena
Que no la hallareys mejor
Aunque esta Christo sin ellas.
Ya clauan la dieftra mano,
Haziendo tal refistenzia
El hierro entrando el martillo
Que parece que le pefa.
Los pies diuinos trapaffan,
Y cuando el verdugo yerra
De dar en el clauo el golpe
En la carne fanta acierta.
Hasta los pies y las manos
De Iefus los clauos entran,
Pero a la Virgen Maria
Las entrañas le atrauieffan.
No dan golpes los martillos
Que en las entrañas no fea,
De quien fue la carne y fangre
Que vierten y que atormentan.
A Christo en la Cruz enclauan
Con puntas de hierro fieras,
Y a Maria cruzifican
El alma en clauos de penas.
Al leuantar con mil gritos
La foberana vadera
Con el Cordero por armas,
Imagen de fu inocencia,
Cayò la viga en el hoyo
Y antes de tocar la tierra
Defgarrandose las manos

Dio en el pecho la cabeça.
Salio de golpe la fangre
Dando color a las piedras,
Que pues no la tiene el hombre
Bien es que tengan verguença.
Abrieronfe muchas llagas,
Que del ayre eftauan fecas,
Y el inocente Iefus
De dolor los ojos cierra.
Pufieronle a los dos lados
Dos ladrones por afrenta,
Que a tanto llega fu embidia
Que quieren que lo parezca.
Poned los ojos en Christo
Alma este tiempo que os queda
Y con la Virgen Maria
Estad a fu muerte atenta.
Dezilde dulce Iefus
Vuestra Cruz mi gloria fea,
Animo a morir, Señor,
Para darme vida eterna.



A CHRISTO EN LA CRUZ.

Romance.

Quien es aquel Cauallero
Herido por tantas partes,
Que esta de espirar tan cerca,
Y no le focorre nadie.
Iefus Nazareno dize
Aquel retulo notable,
Ay Dios que tan dulce nombre
No promete muerte infame.
Depues del nombre y la Patria
Rey dize mas adelante,
Pues fi es Rey, quando de espinas
Han vfado coronarle?
Dos cetros tiene en las manos
Mas nunca he vifto que clauen
A los Reyes con los Cetros
Los vafallos defleales.
Vnos dizen que fi es Rey,
De la Cruz decienda y baxe;
Y otros que faluando a muchos
A fi no pudo faluarfe.
De luto fe cubre el cielo,
Y el fol de fangriento efnalte,
O padeze Dios, ò el mundo
Se diffuelue, y fe deshaze.
Al pie de la Cruz Maria
Està en dolor confiante
Mirando al fol que fe pone
Entre arreboles de fangre.
Con ella fu amado Primo
Haziendo fus ojos mares,
Christo los pone en los dos,
Mas tierno porque fe parte.
O lo que fienten los tres,
Iuan como Primo y amante,
Como Madre la de Dios,
Que lo que Dios, Dios lo fabe.
Alma mirad como Christo
Para partirfe a fu Padre,
Viendo que a fu Madre dexa
Le dize palabras tales.
Muger, ves ay tu Hijo,
Y a Iuan, ves ay tu Madre,

Iuan queda en lugar de Chrifto,
 Ay Dios que fauor tan grande.
 Viendo pues Iefus que todo
 Ya començaua acabarfe,
 Sed tengo, dixo, que tiene
 Sed de que el hombre fe falue.
 Corrió un hombre y pufo luego
 A fus labios celestiales
 En vna caña vna efponja
 Llena de hiel y vinagre.
 En la boca de Iefus
 Pones hiel hombre que, hazes?
 Mira que por effe cielo,
 De Dios las palabras falen.
 Aduierte que en ella pufo
 Con fus pechos Virginales
 Vn aue fu blanca leche
 A cuya dulçura fabe.
 Alma, fus labios diuinos
 Quando vamos a rogarle,
 Como con vinagre y hiel
 Daran refpuefta fuauae?
 Llegad a la Virgen bella
 Y dezilde con el Angel,
 Aue, quitad fu amargura,
 Pues que de gracia fois Aue.
 Sepa al vientre el fruto fanto,
 Y a la dulce palma el datil,
 Si tiene el alma a la puerta
 No tengan hiel los vmbrales.
 Y fi days leche á Bernardo,
 Porque de Madre os alabe,
 Mejor Iefus la mereze
 Pues Madre de Dios os haze.
 Dulcifsimo Chrifto mio,
 Aunque effos labios fe bañen
 En hiel de mis graues culpas,
 Dios fois, como Dios habladme.
 Habladme, dulce Iesus,
 Antes que la lengua os falte,
 No os deciendan de la Cruz
 Sin hablarme y perdonarme.

De quince en quince días

Tienen estos días un tinte melancólico especial, y en esto háganme los lectores el favor de convenir conmigo, única manera de que yo estime no haber dicho una tontería, pues tiempo hace que tengo como exacto, que tener razón ó estar en lo cierto, no es más que conjunto de opiniones dentro de un tácito convencionalismo, al extremo de que, cuando dice alguno sentenciosamente «Fulano tiene razón», significa poco más ó menos «Fulano es de mi opinión.»

Por no hallar esa unanimidad, hay muchos en los establecimientos benéficos que aseguran formalmente que los locos están fuera.

Pero acaso piensen ustedes, y piensan ustedes bien, porque somos de su misma opinión, que todo esto no viene al caso, ni viene á cuento, aunque no me propongo contar ninguno.

Decíamos, mejor, decía yo, porque también me parece una impropiedad hablar en plural cuando sólo hay una firma de autor y hasta lo juzgo pecaminoso deseo de buscar cómplices ocultos, ó injustificada petulancia, si ésta puede alguna vez justificarse, que tienen estos días singular tristeza.

Y basta de introducción y basta de preámbulo, no parezca este trabajo pro-

cesión de pueblo, formada por mucha gente y muchos faroles y muchas velas para una sola imagen á cuya vista llega la curiosidad después de mucho tiempo de impaciente espera.

A estos tristes y solemnes días, en que raro es el año que se ven alumbrados por esplendente sol, teniendo azul y despejado cielo, han quedado, por desgracia y efecto de nuestras costumbres, reducidos los pequeños sacrificios del cristiano, ya dentro ya de estos mismos días no es raro que ofendan los oídos del verdadero católico, notas de retozona música ó alegre fiesta, como si aún no hubiere concluido su reinado el carnaval, que retemblaba y huía en otras épocas, al pronunciarse en las iglesias el *Memento Homo*.

No obstante, y digámoslo en honra nuestra, todavía resuenan, y resonarán con singular expresión en los oídos de los fieles, melancólicas estrofas con que el Profeta nos llama á la reflexión y nos repite con lúgubre acento: *Jerusalem, Jerusalem conuertere a Dominum tuum!*

¡A qué grandes consideraciones tendría que entregarme, si hubiese de relatar lo mudable del corazón humano y lo fugaz y falso de los éxitos populares!

Pero este no es mi objeto, ni estaría bien falsificar la índole de esta sección.

Bástame indicar que nuestra semana mayor, ha venido muy á menos por algo que, si no es intriga, es al menos punible indiferencia de la familia cristiana.

Las fiestas religiosas que constituían en Toledo todo un acontecimiento, sin miedo á la competencia de los sevillanos, son hoy triste y vergonzoso remedo de lo que fueron, y á no ser porque las empresas de ferrocarriles aprovechan la ocasión para que aumenten los ingresos en el movimiento de viajeros, por la proximidad á Madrid y porque muchos hacen el viaje para ver nuestras maravillas de distintos órdenes y géneros, hasta pasarían desapercibidas.

Esto es triste, pero es verdad.

Y para que todo sea defraudar esperanzas; en los rumores públicos y en la prensa local, vimos una noticia que no parece vaya á tener confirmación oficial, como quisiéramos.

Háblase de la venida de Gayarre, indicábase hasta la cantidad que había fijado el artista para cantar en la Iglesia primada el notabilísimo *miserere* del maestro Gutiérrez y algunos otros escogidos trozos de música religiosa del siglo XIII, cuando á última hora sabemos de un modo positivo á qué atenernos.

¡Oh! que bien hubiera sonado en aquellas elevadas y monumentales bóvedas, en aquellas vastas y fantásticas naves, la fresca y hermosa voz de tan aplaudido cantante!...

Gayarre conserva en su corazón sentimientos católicos, y aun podríamos decir más, hace, y no sin razón, gala de ellos.

Por esta razón, Gayarre tenía ofrecidos sus servicios gratuitamente, no resultando verdad ninguna de las noticias propaladas durante algunos días acerca de las estipulaciones de un contrato que no ha existido.

El cabildo y el municipio, seguramente que no hubieran titubeado un momento en imponerse algún sacrificio con tal objeto.

Un aplauso para todos, que no hemos de juzgar sólo por el éxito.

Hay de verdad en el asunto, según me han dicho en los mentideros públicos de la capital, que se proponía cantar el eminente tenor un *miserere* del maestro Es-lava, y que dicha obra musical es propiedad exclusiva del arzobispado de Sevilla, y que para conseguir la necesaria autorización se habría necesitado más tiempo, á cuya dificultad había que añadir la de que la orquesta de la capilla diocesana de Toledo necesitaba estudio y ensayos; como estudio y ensayos que no le permiten sus compromisos de artista, habría necesitado Gayarre para cantar el *miserere* del maestro Gutiérrez, completamente nuevo para el aplaudido tenor.

¡Lástima que se hayan presentado estas dificultades, porque jamás, y esto sí que me atrevo á decirlo afirmativamente, pudiera Garraye emplear mejor sus condiciones de artista excepcional...

Jamás mejor empleada la misma voz que cantaba los extravíos de *Lucrecia Borgia*, que mandando á Dios humildes plegarias, y demandando del cielo perdón é indulgencia para las flaquezas humanas; que así es el arte y así son en la naturaleza los grandes elementos; un rayo de sol, una ráfaga de aire, dan vida y altivez á las flores, y un rayo de sol y una ráfaga de viento, las aniquila ó troncha....

* * *

Lo seguro hasta ahora, si el tiempo no dispone las cosas de otro modo, son, aparte de las solemnidades que se celebran dentro del templo, y de las oraciones sagradas que se pronuncian—y nada digo del ritual, porque ya por separado se ocupa del asunto un querido é inteligente compañero;—lo seguro, por lo que á la calle se refiere, son las tradicionales procesiones, con notas, aunque pocas, características de la población.

Entre estas notas, están los *armados* y los que denomina el vulgo *mariquitas las negras*.

¿Qué son los *armados*?

Que son *mariquitas las negras*?

Los unos son guerreros de la Edad Media y de guardarropía, bastante averiados por la acción del tiempo, exteriormente considerados; y en lo que al físico, á la parte individual, los sujetos encargados de pasear las armaduras, cascos inclusive, se refiere, son los *auténticos* los encargados de conducir al cementerio restos mortales todo el año..... en el acompañamiento del Santo Sepulcro, no hacen más que ascender de categoría por razón del muerto, aunque no todos ni siquiera la mayor parte se dedican á levantar muertos y valga la frase y dicho sea con permiso del gobernador civil de la provincia.

Mariquitas las negras, no son ni *mariquitas*, ni *negras*; son por el contrario fornidos varones, más ó menos morenos ó rubios, pero no negros.

El uniforme es sencillísimo; recuerda el de los familiares del Santo Oficio, dedicados á las operaciones mecánicas del tormento, y consiste en una especie de capuchón de percalina con su correspondiente capucha cerrada, sin más aberturas que dos agujeros hechos de

mala manera, por donde los *mariquitas*, ven á los demás mortales.

*
**

Otra de las notas características de Toledo, consiste en la especial manera de entonar la Pasión dentro de la Catedral; resulta un diálogo lírico en que sólo falta unir la acción á la palabra para que la impresión sea completa.

*
**

Empieza á notarse la afluencia de forasteros.

La inclemencia del tiempo hará, no obstante, al menos así lo sospecho, que

sea la de este, bastante menos considerable que la de años anteriores; y, en honor de la verdad, para el que se proponga visitar los monumentos con alto espíritu de investigación, cualquier época mejor que estos días en que las fiestas y ceremonias se suceden, de modo que no es posible fijar completamente la atención en ninguno de los objetos riquísimos que se exhiben, y cada uno de los cuales necesita para su estudio más tiempo y menos movilidad de impresiones y efectos.

Por eso y aisladamente consideradas las procesiones y otros actos que aquí se celebran en tan solemnes días, no pro-

ducen gran admiración, ni despiertan entusiasmos.

Y por si algo faltaba en orden á las contrariedades, las nubes, como si quisieran parodiar á la humanidad católica, á guisa de lágrimas del cielo por la muerte del Redentor, amenazan desbordarse de un momento á otro, haciendo exclamar á los curiosos:

—Viaje en balde; se aguló la fiesta.

Los astrónomos, no obstante, resolverán, porque la lluvia, pensando desde hace tiempo en estos días, no había sido incluida en el programa.

FEDERICO LAFUENTE.

Lista de los señores Colaboradores

Alvarez Ancil (D. Andrés).

Berenguer (D. Pedro A.).

Bosch (D. Alberto).

Campoamor (D. Ramón).

Cano (D. Leopoldo).

Cañamaque (D. Francisco).

Carvajal (D. José).

Castelar (D. Emilio).

Codecido (D. Emilio).

Echegaray (D. José).

E. Infantes (D. Julián).

Fernández y González (D. Francisco).

Fernández Grilo (D. Antonio).

Ferrari (D. Emilio).

Gallardo (D. Jerónimo).

Gallardo (D. Mariano).

Gallardo (D. Pedro).

García (D. José María).

García Santisteban (D. Rafael).

García (D. Santiago).

Gómez (D. Valentín).

Hernández Iglesias (D. Fermín).

Hoyos (Excmo. Sr. Marqués de)

León y Olalla (D. Félix).

Manterola (D. Vicente).

Martín Arrúe (D. Francisco).

Mélida (D. Arturo).

Mélida (D. José Ramón).

Milego (D. Saturnino).

Moya (D. Miguel).

Muntadas (D. Juan Federico).

M. I. Sr. Obispo Auxiliar de Toledo.

Navarro (D. Modesto).

Nieto (D. Manuel).

Novo y Colson (D. Pedro).

Núñez de Arce (D. Gaspar),

Ortega y Munilla (D. José).

Palacio (D. Manuel del).

Palazuelos (Sr. Vizconde de).

Pando y Valle (D. Jesús.)

Paz (D. Abdón).

Pérez de Nieva (D. Alfonso).

Pérez Zúñiga (D. Juan).

Picón (D. Jacinto Octavio).

Pí y Margall (D. Francisco).

Romo Jara (D. Santiago).

Ruano (D. Venancio).

Thebussen (Doctor).

Uhagon Guardamino (D. Francisco).

Valbuena (D. Miguel).

Vidal (D. Pedro).

Vincenti (D. Eduardo).

BASES DE LA PUBLICACIÓN

Toledo aparecerá dos veces al mes, elegantemente impreso en papel satinado, constando de ocho páginas cada número, dispuestas de modo que pueda coleccionarse, á cuyo efecto, regalaremos á nuestros suscritores á fin de cada año, el correspondiente índice y unas elegantes cubiertas á varias tintas, para su encuadernación.

El precio de suscripción es el de 2,50 pesetas trimestre en toda España, no admitiéndose por más ni menos tiempo, el de 3 id. en el extranjero y 5 (oro) en Ultramar.

Precio del número suelto en España, 0,50 céntos de peseta. Número atrasado, 0,75.

En el extranjero y Ultramar, número corriente, 0,75, y atrasado, 1 peseta.

ADVERTENCIA. Teniendo en cuenta la suma de sacrificios que representa esta publicación, la sociedad ha acordado no servir ninguna suscripción cuyo importe no haya sido satisfecho á la publicación del segundo número.

La casa de Menor Hermanos, es la encargada de recibir suscripciones en Toledo. En el resto de España, como en el extranjero y Ultramar, las principales librerías.

SE ADMITEN ANUNCIOS